

## Joan Fuster

### POETAS EN FORMENTOR

Una semana para hablar de poesía da mucho de sí. Y más aún en este Formentor impecable, donde la naturaleza y el confort, perfectos y sutilmente adecuados, invitan al ocio ingenioso de la conversación. Las Conversaciones Poéticas se han desarrollado como estaba previsto. La organización ha sido de una pulcritud total: Camilo José Cela y Bartomeu Buadas («i entre els poetes passà aquí Mecenas / dies olímpics», diríamos con mosén Costa i Llobera) se preocuparon de que los poetas convocados dispusiesen de ocasión y de estímulo para su comercio de lucubraciones. Cada tarde tuvimos una sesión formal, en la que casi siempre llevaron la voz cantante los intelectuales insignes de la nómina de Formentor: Dámaso Alonso, Carles Riba, Robert Graves, Gerardo Diego, José L. L. Aranguren, Luis F. Vivanco, Aquilino Iglesia. Pero luego, en la tertulia fragmentada del resto del día, los temas y las sugerencias planteados durante el coloquio, se prolongaban con no menos fruto y con mayor comodidad.

Me sería muy difícil resumir, en el corto espacio de una crónica, la apasionante variedad de dimensiones y de puntos de vista que han ido surgiendo a lo largo de estas Conversaciones Poéticas. En el fondo, hemos estado dando vueltas a unas cuantas obsesiones permanentes y vivas de la lírica actual: la expresión poética, la forma, los objetos y las intenciones de la poesía. Y si una discrepancia esencial parecía dibujarse entre quienes las discutían, arrancaba, desde luego, de la posición más o menos definida que los poetas han adoptado frente al problema de la trascendencia social de su obra. Naturalmente, los poetas que parten de la decisión de recabar para sus versos una eficacia cívica –digamos cívica para no comprometernos–, defendían la licitud, y hasta la necesidad, de una rectificación profunda de las convenciones literarias en que se mueve la poesía desde el simbolismo. Los otros, los aferrados a la concepción de la poesía como expresión de vivencias individuales o con designio estrictamente estético, argüían en favor de la tradición moderna de la lírica europea. Esta división básica dio lugar a jugosas confrontaciones de criterio.

Pero las Conversaciones de Formentor, como ocurre siempre en este tipo de asambleas literarias, tuvieron también su lado pintoresco y ameno, de anécdota viva, que conviene reportar. El primer acontecimiento asombroso ocurrió ya el día de la llegada de los poetas, cuando ante la puerta del hotel Formentor se detuvo un viejo taxi inglés: exactamente, un taxi, un coche de punto londinense, con los emblemas propios del caso. Lo pilotaba Reid, un poeta escocés, quien lo había comprado en su isla para poden correr por ésta. «Me ha costado la mitad que un biscúter», explicaba. Otro día, un poeta indígena hizo ochenta kilómetros en bicicleta, con el objeto de asistir a un coloquio: el fervor de sus dieciocho años justificaba el esfuerzo «pedalístico» del vate. Y no menos sensación causó la llegada de Dámaso Alonso, con un voluminoso paquete de cortinas negras, que hizo colgar en las ventanas de su habitación... Por lo demás, los ratos de playa o de café se prestaban a la animación divertida. Las barbas de Carlos Barral, de Kerrigan, de López –y este López es un holandés, novelista, dramaturgo y

traductor a su lengua de los poemas de Lorca–, daban a nuestro grupo la nota exterior de singularidad, que la servidumbre y la clientela del hotel esperaban, sin duda, de una concentración de liróforos.

Durante las Conversaciones «nació» un nuevo libro de un poeta amigo: la *Cantata en Aleixandre*, de Gabriel Celaya, que acaban de publicar las ediciones de los *Papeles de Son Armadans*. En la medianoche del plenilunio de mayo, los «conversadores» esperábamos en la terraza del Club de los Poetas. Por el mar, en un bote, Camilo José Cela traía a remo un alijo de poesía. El libro fue repartido entre los concurrentes tras su espectacular «contrabando». Tres conciertos y una proyección cinematográfica completaron el programa de la semana. Mrs. Kerrigan y Gerardo Diego dieron sendos recitales de piano, y la Capella Clàssica de Mallorca, dirigida por mosén Thomàs, interpretó unas canciones mallorquinas y otras originales del mismo director de la Capella, sobre textos de Juan Ramón Jiménez. «Roma, ciudad abierta», de Rossellini, en su versión original, fue programada la noche final de las Conversaciones.

Cuanto hemos tenido la satisfacción de vivir estas admirables jornadas de Formentor guardaremos de ellas un recuerdo feliz. El bello rincón mallorquín ha sido escenario de un encuentro de poetas como hacia años no se celebraba por estas latitudes, y no cabe duda de que alcanzará una positiva repercusión en el ámbito entero de la poesía hispánica.

[*Levante*, 2 juny 1959]